

LA FIESTA DEL SANTO CRISTO de Jesús María García Rodríguez

En el día del Santo Cristo,
según costumbre lejana,
las fiestas eran sencillas,
primeras en la comarca.

Turrone de almendra y miel
que venían de Caravaca,
constituían las delicias
de toda la muchachada,
además de los columpios
y de las veloces barcas,
que valían una peseta
costosamente ganada.

Alguna que otra copita
después del circo tocaba
entre aquellos mociquillos
que ya la barba
apuntaban, porque
risueñas servían, en frágil
caseta blanca, muchachas
de labios rojos y cabellera
dorada.
O paseos de las mocicas
alrededor de la plaza,
mientras la banda de música
alegres piezas tocaba,
esperando que el de fuegos
castillo las asombrara,
mientras que a algún zagalillo
le causaban poca gracia.
Y a las doce de la noche
todo cristiano en su casa.

Y la comida del día
era sencilla, muy sana,
apetitosa y muy rica,
mas sin salirse de parva:
arroz con pollo tal vez
o algún guiso de patatas;
o chorizo o salchichón
de la pasada matanza,
o las gustosas morcillas,
tan negras como esperadas.

Pero nunca se comía
tomate rojo de mata, más
rico y más barato que el
que veía en la lata;

pimiento verde del tiempo
y mucha cebolla blanca,
que, bien mezclado todo,
se llamaba pipirrana.
Que ese postre se comía
cuando el huerto madurara.

Y, sobre todo, la fiesta
-que sin ello no era nada-
era al salir a la calle
aquella imagen sagrada
con ojos turbios de sangre
en un madero clavada, con
el pecho traspasado con
una alevosa lanza.
Y, detrás, la Dolorosa
vestida con negra capa
para decirnos a todos
que está la muerte cercana.

Sin alardes de grandeza,
pero plenas de elegancia,
vestidas de luto y pena,
con la Virgen desolada,
-que colorines no pegan
junto a una Virgen con lágrimas-,
recorrían las mujeres
las calles con luz de plata
en pleno mes de mayo,
después de Semana Santa.
Y así se ganó el prestigio,
su muy merecida fama,
la procesión de este Cristo
por seria, cuerda y sensata,
en todas las poblaciones que
forman esta comarca.

Con estos antecedentes,
quedaba la cosa clara:

A nadie se le ocurría,
por mucho que lo pensara,
vestirse de colorines,
aunque así le aconsejaran,
para ir en la procesión
vestida de rojo grana,
verde pistacho, de moda,

o amarillo onza dorada.
Que si lo contrario hiciera,
hay una exacta palabra
que dice que esta mezcla,
semejante a una ensalada,
empieza diciendo «pipi»
y acaba añadiendo «rrana».